

Peonías y nomeolvides

Gueorgui Gospodínov

Apenas hacía varias horas que se conocían. Él – de poco más de treinta años, y ella de poco menos. Él tenía que entregar a través de ella un paquete a un conocido suyo que estaba al otro lado del charco. Ella solo intermediaba. Eran unos cinco minutos de trabajo, pero de las tres horas en total que le quedaban hasta el vuelo, ya llevaban dos sin encontrar una buena razón para separarse. En ese momento, justo sesenta minutos antes del despegue, estaban en un rincón del bar en la sala de espera tomando callados su tercer café. Habían agotado todos los temas que podían mantener la charla entre dos desconocidos. Y el silencio ya empezaba a hacerse incómodo. La mesita pequeña entre ellos estaba amontonada de vasos de plástico vacíos que habían adquirido las formas más inesperadas por los largos manoseos. Hacía tiempo que los agitadores de café estaban rotos en los pedacitos más pequeños posibles y los sobres de azúcar transformados con maestría en conos y pequeños barquitos.

Se le ocurrió que esa mesa servía de un buen arte encontrado o, digamos, una instalación que nombraría “Apología de la preocupación” (vasos de plástico para café, agitadores, sobres de azúcar vacíos, mesita blanca). Después le pareció una estupidez y decidió callarse. “Lo que se calla se convierte en agitadores rotos y vasitos manoseados”, de repente dijo ella. Él pensó que nunca volvería a encontrar a otra mujer así, que leyera sus pensamientos y con quien querría quedarse hasta el final de sus días en ese bar. Se asustó de haber usado, aunque no en voz, una frase como “hasta el final de sus días”.

– Charlemos un poco – dijo ella aunque llevaban dos horas sin callarse.

La hora que quedaba era demasiado poco tiempo para que se derrochara en rodeos y elaboración de barquitos. Pero como él no empezaba, ella enunció:

– Hay que aceptar que a veces las personas simplemente no coinciden.

– La ironía está en que lo entienden cuando acaban de encontrarse – dijo él.

– A lo mejor hubo manera de que nos viéramos antes también. Hemos vivido tanto tiempo en una misma ciudad. No es posible que no nos hayamos cruzado esperando en un semáforo.

– Te habría notado – dijo él.

– ¿La amas? – preguntó ella.

– ¿Lo amas? – preguntó él.

Se pusieron de acuerdo con rapidez en que eso no importaba en absoluto y que no podían culpar a nadie.

Más tarde él no podría recordarse de a quién se le ocurrió esa salvadora idea (como lo pensaba por aquel entonces) de que se inventaran recuerdos comunes, de que se compusieran toda su vida antes de conocerse y después de eso. Un tímido intento de vengarse de la ocasión que los había juntado sin piedad solo para poder separarlos. Tenían en disposición 50 minutos.

– ¿Te acuerdas de que – empezó él – cuando alumnos vivíamos en una misma calle? Te dejaba cada semana a escondidas en el buzón un anillo de papel de estaño de caramelos “Lacta”.

– Ya – dijo ella –, con que has sido tú. Mi padre siempre los encontraba primero y sospechaba que algún adorador chiflado del barrio enviaba anillos de compromiso a mi madre. Resulta que eran para mí.

– Lo eran – dijo él.

– ¿Y tú te acuerdas – comenzó ella – cuando durante el último año de la licenciatura nos marchamos solo los dos a aquel monasterio? Por primera vez viajábamos a solas. En el hotel no había habitaciones libres y nos pusieron a dormir en una de las celdas de los monjes. Hacía mucho frío, y la cama era dura. El miedo me sobrecogió un poco. Después de cada vez me santiguaba a escondidas de ti. Cinco veces me santigué aquella noche.

– Seis, dijo él. Yo también tenía miedo. ¿Y te acuerdas, cuando viniste luego a vivir conmigo? Tú madre dijo que te rechazaría mediante “Periódico estatal” porque no quería tener nietos bastardos.

– Me acuerdo – dijo ella. De todas formas no podía tener hijos.

En ese punto se calló. Él le cogió la mano por primera vez desde que se conocían. De una manera suave, consoladora.

– No pasa nada – dijo él –. ¿Y te acuerdas cuando me rompí la pierna? Tenía ya 48 años, trabajaba como loco y ese mes en casa me pareció un verdadero paraíso. Tú también saliste de vacaciones, incluso los amenazaste que te romperías el brazo si no te daban el permiso. Y estuvimos todo el mes sin asomar la nariz fuera.

– ¿Y cuando al año siguiente me descubrieron aquel tumor...? Habías leído en alguna parte que la risoterapia curaba el cáncer y durante dos semanas no parabas de contarme chistes para que me riera. Hasta ahora sigo preguntándome de dónde los sacabas. Estabas tan asustado y cariñoso. Entonces el pelo se te puso completamente canoso, creo. Y cada día me traías peonías y nomeolvides.

– Menos mal que te recuperaste. ¿Qué habría hecho sin ti?

Mientras tanto llamaron a todos los que iban a viajar a Nueva York para que se encaminaran a la terminal de despegue. Estuvieron callados no más de un minuto. Después ella se levantó y dijo que tenía que irse. Él tomó su maleta y los dos se fueron hacia el control de pasaportes. Antes de pasar por el control de pasaportes ella se volvió y le dio un beso muy largo. Como por última vez, pensó él, aunque nunca antes hubiera habido una primera.

Media hora más tarde él se volvió y se fue. Se sintió muy envejecido, con pena movía sus piernas. Cerró los ojos adrede al pasar por la puerta de cristal reflectivo a la salida para no ver lo canoso que se había vuelto su pelo de repente y sus caídos hombros ya seniles. A medida que andaba, se daba cuenta de que no podía regresar a casa donde estaba su esposa de juventud absurda. Y nunca podría contarle lo que había hecho durante esos cincuenta años mientras no estaba.